JAIME GARCÍA TERRÉS

LETANÍAS PROFANAS (Breve antología)

Selección y nota de José Emilio Pacheco

Universidad Nacional Autónoma de México

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2010

ÏNDICE 4 LA EFICACIA SECRETA DEL SONIDO 7 NOTA BIOGRÁFICA La bruja 8 UNA INVOCACIÓN: (GUANABARA) 8 10 **IPANEMA** DESPUÉS DE LA CRECIDA MAREA 10 ÉSTE ERA UN REY 11 CANTAR DE VALPARAÍSO 12 Idilio 13 LA FUENTE OSCURA 13 JARCIA 14 ESTA DESMEMORIA MÍA 14 CONJURO 15 LAS TINIEBLAS DE JOB 16 DESTIERRO 17 LETANÍAS PROFANAS 17 19 TOQUE DEL ALBA 19 ALGUNOS Dos poemas de Funerales I (15) 20 II (16) 21 VOTO DE HUMILDAD 22 23 ES COSA DE MIRAR LOS MUERTOS EN EUROPA 24 DELIRIO EN VERACRUZ 25

26

ÍTACA

LAUDE	27
Tres poemas de HONORES A FRANCISCO TERRAZAS	
1 (II)	28
2 (IV)	29
3 (ENVÍO)	31
FENDO I CIELI: APOTEOSIS DE GIORDANO BRUNO	32
Dos poemas políticos	
I. Carencias urbanas (1974)	34
II. Una ciudad en manos de la muerte	35

GARCÍA TERRÉS: LA EFICACIA SECRETA DEL SONIDO

Todo poeta es un resultado colectivo y sin embargo no hay nada más personal que su producción. Como lectores nos interesan básicamente los poemas. Es asunto académico explorar las afinidades y diferencias visibles entre Jaime García Terrés y otras grandes figuras de la generación del medio siglo como Rubén Bonifaz Ñuño, Rosario Castellanos y Jaime Sabines. Si existe un denominador común para ellos es la voluntad de realidad. Hablan de lo cotidiano y emplean con suma destreza el lenguaje de la conversación. A pesar de sus transformaciones cada uno de sus textos es inmediatamente reconocible como suyo. Tienen algo más que un estilo: una voz poética.

En su dedicación a la poesía, que ha engendrado también excelentes ensayos, García Terrés propone una estética y una ética del trabajo. La poesía vivifica el idioma y lo mantiene en circulación. No podemos aspirar a entendernos ni a entender el mundo si no usamos las palabras precisas. Esta es la primera responsabilidad del poeta. En consecuencia García Terrés ve su oficio como el de un hacedor: *faber, fabbro*, artífice, artesano. No tiene sentido escribir mal y es una inmoralidad entregar a un público agobiado por el fárrago de productos a medio cocer; sobre todo en un país en que pocos —desde quienes producen alimentos hasta los médicos y los constructores de viviendas—hacen bien lo que debían hacer de la mejor manera posible.

Una de las más brillantes páginas en prosa de García Terrés se concentra precisamente en la "Defensa de la poesía". La considera un "instinto primario, tan antiguo e indispensable como el sueño despierto. Y a la larga un pueblo despojado de poesía —así sea con las mejores intenciones— será un pueblo sin respiración, miope a los horizontes y dueño apenas de una humanidad mutilada".

Allí mismo repudia la improvisación y observa que no hay ley capaz de eximir al poeta del estudio. "Artesano de los signos, debe, ante todo, conocerlos, calibrarlos, ejercitarse en y con ellos, así sea para torturarlos y desbordarlos." Cuando escribir poesía tiende a convertirse en una actividad a la vez fácil e imposible, la lectura de García Terrés, que siempre ha sido un placer, se vuelve también un correctivo. Nos recuerda que esos signos son a la vez sonidos y que, como escribió Henry James, la forma y la textura son la sustancia, la carne indeserraigable de los huesos. Mientras aumentan las prohibiciones y el poeta ve cada día más reducido su espacio de maniobra, García Terrés demuestra que un poema puede decir cuanto se dice en prosa y hacerlo de manera concisa e inmejorable.

Al practicar una poesía de la razón que está muy lejos de excluir la pasión —lo han observado tanto Octavio Paz como David Huerta—, García Terrés comprueba que la lírica es también una actividad de la inteligencia: sensaciones y sentimientos no bastan para hacer un poema. Sus libros, por otra parte, resuelven el falso dilema entre poesía íntima y poesía civil: en ellos las dos voces se refuerzan y se complementan. El campo del poeta es el mundo entero, la obra de la naturaleza lo mismo que las elaboraciones de la cultura. Todo está dicho y todo está por decirse. Todo se ha visto y todo está por verse, desde un ángulo que será siempre nuevo porque el observador que nos comunica su visión no existió antes ni volverá a existir.

Así, la originalidad de García Terrés resulta en buena parte producto de no haberla buscado como fin último de su tarea. Esto aparece claramente en sus admirables versiones. Desde hace por lo menos veinticinco
años, confirmó que la poesía ciertamente es intraducible pero sí puede ser reinventada en otro idioma. Algunos de sus textos más particulares son aquellos que
ha *imaginado* a partir de poemas previos en otras lenguas. Gracias a ellos ha enriquecido nuestra poesía con
algo que le faltaba. Entre otras cosas, fue el primero en
México y uno de los primeros en el ámbito castellano
que descubrió (y anexó a nuestro repertorio) a Kavafis.

En todo lo más por decir, un gran libro que por la injusta distribución de la riqueza poética aún no ha encontrado tantos lectores y lectoras como merece, los poemas propios (si puede hablarse de "propiedad" en una actividad plural como la poesía) están sin ninguna línea fronteriza junto a las versiones: unos y otras son de todos y también para todos.

La elocuencia de García Terrés se halla en razón directa de su sobriedad. En la perfecta alianza de sonido y sentido que se da en sus poemas, la destreza rítmica nunca aparece como algo exterior sino como el medio preciso de suscitar en quien lo lee la experiencia trasmitida en los versos.

De Las provincias del aire (1956) a Corre la voz (1980) Jaime García Terrés ha escrito una de aquellas obras intensas e irremplazables que hacen de la excelente aunque casi siempre ignorada y desdeñada poesía mexicana una de las líneas centrales de la lírica en nuestro idioma. Este cuaderno tendrá sentido y logrará su objeto si consigue más interlocutores para su trabajo.

JOSÉ EMILIO PACHECO

NOTA BIOGRÁFICA

Jaime García Terrés nació en la ciudad de México el 15 de mayo de 1924. Publicó su primer libro, Panorama de la crítica en México, a los 17 años y a los 22 fue nombrado subdirector del Instituto Nacional de Bellas Artes y coordinador de la revista México en el Arte. Estudió estética y filosofía medieval en París. Desde 1953 fue director general de Difusión Cultural en la UNAM y de la Revista de la Universidad de México. Codirigió México en la Cultura, suplemento de Novedades, y El Espectador. Fue embajador en Grecia y director del archivo de Relaciones Exteriores. A partir de 1971 fue subdirector del Fondo de Cultura Económica y director de La Gaceta. Sus libros de poesía son: El hermano menor (1953), Correo nocturno (1954), Las provincias del aire (1956), La fuente oscura (1961), Los reinos combatientes (1962), Carne de Dios (1964), Todo lo más por decir (1971), Honores a Francisco de Terrazas (1979), Corre la voz (1980). Tradujo *Tres poemas escondidos* de Giorgos Seferis (1968) y compiló una antología: Cien imágenes del mar (1962). Como ensayista y cronista es autor de Sobre la responsabilidad del escritor (1949), La feria de los días (1961), Grecia 60: Poesía y verdad (1962), Los infiernos del pensamiento. En torno a Freud: Ideología y psicoanálisis (1967), Reloj de Atenas (1977), Poesía y alquimia: Los tres reinos de Gilberto Owen (1980). Fue miembro del Colegio Nacional desde 1975 hasta su fallecimiento en 1996.

De Las provincias del aire (1956)

La bruja

La bruja, le decían, porque soñaba fuego solitario en cada uno de los rumbos de su cuerpo. Iba

caminando en silencio hasta llegar al páramo. Y de pronto sentía que sus manos ardían como soles. Un alud florecido quemaba la llanura.

Y "la bruja, la bruja", gritaban los niños.

A la orilla del aire lloraba lágrimas solas y candentes. Todas las tardes en el mismo sitio. Llena de luz. La boca henchida de mansas oraciones mudas.

Y a la orilla del aire, todavía, llueve lumbre cuando reverdece su memoria perdida;

y "la bruja", murmuran las voces de los niños.

UNA INVOCACIÓN: (GUANABARA)

¡Dientes del sur! Caverna de aire vivo. Deja que ciña mis andanzas

—todavía—

con tus cifras azules.
Que la piedra marina y orgullosa
hechice blandas treguas en mi boca.
Déjame
tenerte palmo a palmo
tendida, sin resuello, sobre el tiempo.

El sur nace en los barcos.

a medio mar.

Allí quiebra los límites del día.
Danza (borracho) entre la sal. Jadea
libre de todo rumbo destrenzado.
(Nace en cubierta, como un pez enorme;
y luego se derrama
hasta colmar de fuego el horizonte.)

Por fin, violento náufrago, alcanza la bahía torpemente...
Y los negros le gritan cosas duras.
("Asesino", lo llaman
y "cobarde".)
Ya lo conocen. Temen su locura:
el sur viene del mar y huele
a latigazos de amapola.

Cautiva palpitante.

Baña

de luz mi garganta. Yo sembraré las olas en el viento; gritaré para siempre las albas erizadas. Besa, rompe mis labios.

Que me hieran los incendios fugaces de tu cuerpo vencido, bocanadas azules, cercanía. Abre la luz

del cielo, Guanabara. Y soñaremos juntos la jornada.

IPANEMA

El mar es una historia que llevo entre los ojos y la sombra de mis ojos, desleída ya por los años y sin brío.

Ya se me escapan sus ecos mal nacidos, sus lugares de gruesa burla. Pero todavía llueve la tarde en Ipanema, a través de los años,

contra mis pupilas: llueven copos de sol. Y se desgajan en un débil combate las hileras de casas.

DESPUÉS DE LA CRECIDA MAREA

Después de la crecida marea, o después de los caninos duros y la ausencia, te descubro, ciudad. ¿Eres la misma?

Allá lejos soñaba mis antiguos tesoros; creí verte rogando por los muertos en una danza brusca, los colores; en vilo. ¡Cuántas veces, la casa de bravas mocedades! ¡Cuántas veces, el gran clamor bruñido!

Allá lejos las olas

reventaban la noche.

Y tu voz florecía de lava, de cristal profundo, de pedazos ardientes.

ÉSTE ERA UN REY

Y nuestra vida sigue siendo un poco de vapor, como decía Santiago. Vuelan aparte los jardines de pluma generosa. La moneda más noble desvanece los bordes que la fraguan. Parte la luz. Y sólo queda un poco de vapor en nuestras manos.

El rey ha muerto:

que lo sepan todos.

Grandes y pequeños lloren sobre su manto.
Al alba se fijaron los edictos.
Y ya los labios del cortejo murmuran sin descanso la oración suntuaria.

(Muros de olvido. Se llevaron el rápido calor de su aposento. Ya no suenan los días en caracolas. Un lecho inmóvil ciega la ventana. Se llevaron —con grave diligencia—la forma de su rostro, las sílabas tranquilas de su nombre. Borraron las pisadas y secaron las fuentes.)

Guarde también el pueblo desazón. Campanas. Hogueras funerales. El rey ha muerto.

Y que diga la voz de todas las aldeas cómo la noche se miró en sus ojos;

cómo fue escalando montañas de sombra, mientras velaban la terraza vanos centinelas:

cómo

la vida es vaho, ligera nube que humedece la palma de la mano, y luego nada.

De Los reinos combatientes (1961)

CANTAR DE VALPARAÍSO

¿Recuerdas que querías ser un poeta *telúrico*? Con fervor aducías los admirables ritos del paisaje, paladeabas nombres de volcanes, ríos, bosques, llanuras, y acumulabas verbos y adjetivos a sismos o quietudes (aun a las catástrofes extremas del planeta) vinculados.

Hoy prefieres viajar a medianoche, y en seguida describes episodios efímeros.

Tus cuadernos registran el asombro de los rostros dormidos en hoteles de paso.

Encoges los hombros cuando el alba precipita desde lo alto de la cordillera blondos aluviones.

¿Qué pretendes ahora? ¿Qué deidad escudriñas? Acaso te propones glorificar el orbe claroscuro del corazón. O merodeas al margen de los cánticos, y escribes empujado ya tan sólo por insondables apetencias, como fiera que busca su alimento donde la sangre humea, y allí filos de amor dispone ciegamente.

IDILIO

Adolezco de fútiles cariños unos con otros ayuntados.
Bebo no sin ternura mi taza de café. Conservo retratos azarosos y animales domésticos.
Me absorben los rumores en la calle, los muros blancos al amanecer, la lluvia, los jardines públicos.
Mapas antiguos, mapas nuevos, llenan mi casa.
La música más frívola complace mis oídos.
Innumerables, leves, como la cabellera de los astros, giran en torno a mi destino minucias y misterios:
Red que la vida me lanza; piélago seductor entre cuyo paisaje voy sembrándome.

LA FUENTE OSCURA

¡Qué gran curiosidad tengo de verte sin ropajes ambiguos, oh mi sombra! Imagino tu piel acribillada por la nostalgia de rubor inhábil erizadas las fugas del contorno;

y me pregunto si guarecen algo más esos repliegues vaporosos, si corren por tus venas plenitudes, si alojas muy adentro constelaciones nunca vistas.

No puede ser que sólo seas un charco de negrura, digamos, una mancha de vacío. Con avidez muy tuya me sigues dondequiera y tu mismo silencio va derramando vida. Feraz tiniebla, noche cautiva y aplastada,

como la noche sideral celas enigmas, huéspedes, probables fuegos y zodíacos.

Sin bruma quiero verte, sin engaño. Milímetro a milímetro, quiero fisgar en tus intimidades. Acercarme de veras a la fuente oscura que llueve tus andanzas contra la paz de mi camino.

JARCIA

Acomodo mis penas como puedo, porque voy de prisa. Las pongo en mis bolsillos o las escondo tontamente debajo de la piel y adentro de los huesos; algunas, unas cuantas quedan desparramadas en la sangre, súbitas furias al garete, coloradas. Todo por no tener un sitio para cada cosa; todo por azuzar los vagos íjares del tiempo con espuelas que no saben de calmas ni respiros.

ESTA DESMEMORIA MÍA

Yo no tengo memoria para las cosas que pergeño. Las olvido con una torpe facilidad. Y se despeña mi prosa por abismos fascinantes, y los versos esfuman su tozudez como si nada.

A veces ni siquiera recuerdo los favores de la bastarda musa pasajera, ni los ayes nerviosos del alumbramiento. No sé, pero me cansan tantos anacrónicos ecos, tantos rastros gustados a deshora.

Mejor así, progenie de papel y de grafito. Mejor que te devoren los laberintos del cerebro, apenas declarado su primer vagido.

Así yo seguiré sin lastre alguno fraguando más capullos (devociones efímeras, incendios absolutos), y después otros más, y más aún, hasta morir del todo.

Conjuro

De tu mirada llena las bienaventuranzas aguardamos, rotundo sol de mayo: Aquellos cuerpos en la calle solos están. Huye la pena misma de su lado. Catástrofes y fiebres asédianlos ajenas a distancia. Y les niega raíces la tierra que su sombra hiere.

No permitas que rueden abolidos como fardos mostrencos a los pies de la vida.

Roce tu flama todo resto feraz, y suenen sus injurias y su gozo reviente; una brava pasión en la morada los acompañe y abra las ventanas mustias a la contigua tempestad, diluvio de linajes.

Tu corazón invade limbos, sol numeroso y único; ara piedras inánimes con furibunda primavera: Déjalo desgranarse sobre la carne de los débiles.

LAS TINIEBLAS DE JOB

Dad fe del vasallaje baldío. Media muerte los ojos me ha celado. Mi cuerpo todo se derrumba, herida sobre herida. ¿Callarán las furias? ¿He de olvidar en paz el eco de mis jóvenes faenas, la profunda nostalgia de los surcos abiertos y sembrados con avidez febril? Mi culpa ¿dónde está?, ¡Memoria, desempolva el Coraje!f

Siempre viva la huella de la vida, me batiré mil veces. Suban palabras como incendios más allá de las nubes. Aunque frágil y ciego,

no

dejaré que me arranquen la inocencia. Mantendré firmemente la justicia, y no la negaré.

Bildad, Sofar, Eliú:

mal fingirán razones contrarias tales bocas.
Tenéis marchitas las entrañas, árido el corazón,
mezquino el pensamiento. ¡Descarnada virtud!
Aconsejáis paciencia desde la muelle lejanía
de los templos. Juzgáis dolores y miserias arcanas.
¡Insensatos! Pretende la piadosa mentira.
desarraigar los gritos de combate,
única fuerza que atesora mi grave pesadumbre.

Fácil es el consejo; la comprensión difícil al plácido, pastor de vanidades.

Lumbre contra la lumbre quiero yo, porque me estoy quemando a ras del suelo, desolado, bajo cielos en llamas; porque aún me sublevan fieles costumbres de batalla: ¡No cubras, oh tierra, mi sangre; no cese mi clamor!

Destierro

Desde Pulteney Bridge, en Bath, miro la niebla, dos veces densa,

dos infinitas veces, la niebla desdoblada: ópalo ya febril en mis entrañas, mientras afuera borda murallas todavía:

miro la noche prematura, giba que al tiempo crece de mi propio tiempo. ¿Me sueña el mundo? ¿Sueño yo las cosas, este jueves, en Bath, de cara al río?

Sobre la losa antigua del pasaje, vago como fantasma familiar a la conseja gris del vecindario: una leyenda más, un habitante mágico. Nupcias de la sombra

con la sombra. Mi cuerpo y la distancia han confundido sangres, mezclado sus alientos

Oh dolorosa comunión de fábulas.

LETANÍAS PROFANAS

En oleaje caviloso digo los nombres de la grey, los nombres pardos y los candentes. Digo Santiago, Pedro, Juan; el signo de la madre plácida entre nublados laberintos; la fama quejumbrosa de los sacerdotes; los apodos rebeldes que suscita la horda. Oh denominaciones, oh ruido. Arroyos al dolor, amor que nos rodea siempre vivo en un alba de voces. Oh mundo compartido, este decir nosotros, llamar a cada uno por el carnal rumor que lo designa, convocar a los labios la multitud esquiva.

¡Cantad, cantad en mí, diferentes hermanos!

Con la llaga de aquél y la cobarde mansedumbre del otro, con la sábana del moribundo, los desprecios, la sed infatigablemente purificada, con el frenesí disperso allí donde siembra el agobio su cuchillada sacia,

urda mi boca los peregrinajes al despertar común: y fúndase en la selva mi soledad abierta, soledad partícipe.

Formas de cuantos sois conmigo dentro del coro unánime: Saúl, un carpintero cualquiera, dedos que redimen la sumisión del árbol. Veneranda, sortílega. María, forastera de gráciles asombros. Generoso, tal grave capitán de navío. Jerónimo, verdugo sin historia. Más los otros, amargos o felices, ágiles, depravados, inocentes, vencidos, escoria de la cárcel o vagabundos tenues,

Santiago, Pedro, Juan. Y tú, velado amor por quien surte mi lengua muchedumbres y devociones; nombre feraz de cuya música se derraman conjuros incesantes.

Resonad en la blonda cúpula del otoño.

TOQUE DEL ALBA

Otro mundo. (No retazos armados, remendados de lo mismo de siempre.)

Donde la vida con la vida comulgue; donde el vértigo nazca de la salvaje plenitud; orbe amoroso, todo raíz, primicia, fecunda marejada.

Otro mundo. Sin legajos inertes, sin cáscaras vacías.

Adiós a la desidia del viejo sacristán en pequeños apuros para medirnos una mortaja cada día. Desgarrad las memorias del color cenizo. Rompamos ataduras, y quedemos desnudos bajo el alba.

Adiós encierros, lápidas, relojes que desuellan el tiempo con ácidos cobardes. Libre flama será la nuestra por los siglos de los siglos. Tierra libre, el sostén de nuestros pasos.

A cieno huelen ya los manes en los muros; desvalidos, la fatiga contagian de sus añoranzas. Arrasadlos, oh huestes, arrasadlos con sedientos linajes de frescura, y verdecidas brechas al aire pleno descubran los altares.

De Todo lo más por decir (1971)

ALGUNOS

Yo no sé muchos nombres de volcanes o selvas; esta parte del mundo para mí representa unas doscientas almas (digo doscientas por decir) que miran a lo lejos de distinta manera cada una con cierto dejo de común azoramiento.

Oigo silbar el viento rústico, no rehúyo cantar a nuestra fauna ni soslayo la tierra mitológica; pero esta parte del mundo se refleja mejor en tal estela de miradas sensibles a las mías; fosforescentes aventuras desiguales que hienden el sigilo de la ronda.

Caras, dolientes cuerpos, vientres, lenguas, doscientas vidas en redondos números, orbes a media luz, capaces de llamar a mi puerta buscando cualquier cosa o trayendo consigo como dádiva sus horizontes preferidos.

Dos poemas de FUNERALES

I(15)

Pides que me levante. No podré.
Tengo las manos y los pies raídos
y un féretro de pino por encierro.
Lo sé, lo sé, las puertas de la casa
ya no sirven, igual que las ventanas;
es preciso pintar los cuatro muros,
cortar la yerba que se arremolina;
hace falta dinero para todo.
Y sé también que mi mujer me llama
cuando gimen los huérfanos o no se portan bien.
Pero se me han podrido las pupilas, los dedos,
vastas porciones de mi cuerpo, y pronto
perderé lo demás.
Mejor harías si dijeras

a los parientes más cercanos que me sueñen, me traigan en su sangre y rieguen el ciprés que estás mirando, una vez por semana cuando menos. Tarde o temprano, necesariamente vendrá la primavera; querré sentirlo, cómo crece, cómo van sus raíces absorbiendo muertes para ayudarme a renacer un día entre nuevos retoños y perfumes, desnudo de mi carne y de mis huesos.

II (16)

Si los húmedos ojos consiguieran lavar los males que sin tregua lloran, gustoso cambiaría para curar mi pena las alhajas más ricas por galones de llanto. Pero no es verdad, buenos amigos. Así como el rocio fomenta las mazorcas del maíz incipiente, las quejas multiplican el peso de la cruz, las lágrimas provocan otras lágrimas cultivando la pena y abriendo más heridas. Sufre saña mayor de la fortuna quien después de sufrir alguna pena con lágrimas la inunda todavía; el rostro seco y mudo, por contraste a la fortuna maravilla y doma. Aleja, pues, tu llanto, plumilla plañidera, y acabe sin demora la tediosa reseña de cuanto llamas infortunio; la dureza jamás ha sucumbido delante de blanduras. Si quieres desamar a la fortuna tendrás que dar la cara, seca y muda.

VOTO DE HUMILDAD

Claro que yo también ando perdido y llego a donde voy sin darme cuenta (cosa peor, me desconcierto cuando me piden datos personales o me llaman a secas por mi nombre). Claro que yo también me vuelvo loco apenas especulo crudamente sobre los dos o tres problemas capitales. Claro que yo también hago preguntas: empiezo desde cero y llego adonde voy con cinco ceros. Soy uno más, otra garganta o si prefieren, otro vientre.

¡Quién soy para dejar de ser lo que son todos, para ya no pensar comunes pensamientos, para salvarme de las trampas por otros como yo dispuestas! ¡Quién soy para reírme del miedo general!

Todos entramos y salimos a través de los mismos agujeros. Habitamos en casas ganadas a la selva por las manos paternas y maternas. Crecemos en jardines cuyas plantas arrullan a su modo nuestros huesos. Repetimos umbrosos catecismos y entre flores y preces olvidamos la llama que nos tiende y nos recobra. Nadie se libra de la ratonera ni contra la remolda puede nada. Ni yo, menos que nadie, me clareo.

ES COSA DE MIRAR

Por punto general en el valle de México anda la multitud encubriendo rumores con pieles o plumajes y orquídeas al uso. Es cosa de mirar el ay enjuto cuando la cicatriz del alba lo cobija, la mano lívida que sobrelleva tan densos ademanes.

¡Dioses, mis dioses, milagros desolados éstos! Como si ya no fuera tiempo de quitarse tapujos y flamear sin más. ¿Por qué no desherrar el vocerío?

Pienso.

Hago cuentas, así de los trabajos como de las heridas. Tierras ásperas de labrar y fecundar, en donde duelen surcos imposibles. Ritos por no sé qué ni quién, y un cáliz de sudor violento y mal pagado.

Conviene resembrar los huesos en algún resto de lava no marchita, y en mondos palomares la garganta. A lo mejor cosecharíamos entonces la gula de vivir en cuerpo y alma.

LOS MUERTOS EN EUROPA

A Robert Lowell, este poema suyo, que le fui a leer a su casa de Manhattan cierta noche que ya recuerdo sólo a medias. Aquella lectura y la velada entera fueron un poco absurdas. Pero el poema sigue siendo memorable.

J. G. T.

Tras el fragor aéreo sucumbimos en una fosa común, todos solteros, hombres y mujeres; ni corona de espinas, o de hierro, ni corona lombarda, ni fusiformes y calados chapiteles apuntando al cielo pudieron rescatarnos. Madre, levántanos, caímos solitarios aquí, dentro del glutinoso fuego:

Nos fue condenación entonces nuestra tierra bendita.

¿Nos incorporaremos, Madre nuestra, el día de María, en esta madre tierra, dondequiera que hayan contraído los cadáveres nupcias bajo escombros, en un solo montón?

Suplica por nosotros, deshechos y enterrados por las bombas;

al llegar el momento de la resurrección, cuando Satán nos disperse, Oh Madre, nuestros cuerpos arranca de las llamas:

Nos fue condenación entonces nuestra tierra bendita.

Madre, mis huesos tiemblan y ya oigo las reverberaciones de la tierra y la trompeta que aulla en mi catástrofe. ¿Daré (¡Oh María!) yo célibe, yo títere de polvo, testimonio del Diablo? Escúchame, María, Oh María, amadrina las bodas de tierra y mar y fuego y aire. Nos es condenación ahora nuestra tierra bendita.

DELIRIO EN VERACRUZ

[Malcolm Lowry]

¿Adonde ha ido la ternura?

le preguntó al espejo

del Hotel Biltmore, cuarto 216.

¿Qué tan probable sería que la imagen de la propia ternura en este mismo espejo preguntara también sobre mi paradero, y en cuál horror camino? ¿Es ella la que miro medrosa contemplarme detrás de tu barrera tan frágil y vencida?

La ternura

estuvo aquí, en este cuarto, este lugar, su forma vista, sus gritos escuchados por ti.

¿Qué confusión advierto? ¿Soy acaso la imagen cruel que se te superpone? ¿O es ésta el espectro

del amor que solías reflejar, ahora con un fondo de tequila, colillas, cuellos sucios, perborato de sodio, y una página emborronada para los difuntos, y el teléfono sordo, descolgado? Rabioso, destrozó

todos los vidrios de la pieza.

(Calcularon los daños en 50 dólares.)

ÍTACA

[K. P. Kaváfis]

Al emprender el viaje rumbo a Ítaca ruega que largo sea tu camino, lleno de peripecias y lecciones.

No te causen temor lestrigones ni cíclopes ni el iracundo Posidón; que no los hallarás en tu jornada si enhiesto conservas el pensar, si nobles emociones abordan el espíritu y el cuerpo.

No toparás con cíclopes ni lestrigones ni con el agrio Posidón, si no los llevas dentro, si tu alma no los erige frente a ti.

Ruega que largo sea tu camino.

Que múltiples mañanas estivales te vean
—con cuánto júbilo, con cuánta gracia—
bajar a puertos antes ignorados;
en algunos emporios fenicios detenerte
a comprar la preciosa mercancía
(madreperla, coral, ébano, ámbar,
voluptuosos perfumes de toda procedencia
—el máximo posible de sensuales perfumes);
y visitar diversas ciudades en Egipto
para bien aprender de los letrados.

Ten sin cesar a Ítaca presente.

A llegar a sus costas estás predestinado; pero la travesía no apresures.

Mejor es que navegues durante muchos años y llegues, viejo ya, rico por la cosecha del trayecto, sin otras cosas esperar de Ítaca.

La isla te brindó tan bello viaje; por ella recorriste tu camino.

Pero ya nada más ha de brindarte.

Aunque la mires pobre, no te defraudará. Tu gran sabiduría, tanta destreza bien ganada, descubrirán entonces el secreto de Ítaca.

LAUDE

[Romances de los Señores de la Nueva España, F 7 r (III)]

Ave recién salida de los ríos

bullente,

la del versátil cuello, despertando mi ardor paseas tu guirnalda. ¡Oh dulce mujer, sápida flor de maíz al fuego!

Por un instante cedes a otros tu calor, pero mañana quedarás a solas, con sólo tu destino: ese lugar en donde todos yacen sin cuerpo.

Ahora, te levantas, alzas el rostro, miras a los príncipes enseñando tu porte, maravilla hoy, espuela singular a los sentidos.

En un tapiz de plumas —oro y cielo entretejidos—te yergues flor,

maíz al fuego,

perfumada,

y das a otros el placer de tu carne.

¡Lástima, lástima que vayan tus amores, a perderse en el lugar en donde todos yacen con los huesos desnudos!

De Corre la voz (1980)

Tres poemas de Honores a Francisco de Terrazas

1 (II)

Sí.

Por el índice fetal del numen que desvela ciudades obsesivas; por el sacro monarca y los espíritus empecinados en la lucha contra Satán.

por los trescientos hijos de los conquistadores, cuyo reino creció muy diferente del soñado; por las armas traídas de todas partes,

por aquellos daños, por los chismes, embustes y marañas, la gran soberbia, la mayor malicia, los desprecios, el modo riguroso, por la burda codicia que perdura y la verdad cortada a su medida; por el placer magnánimo, recluso entre paredes inquisitoriales,

al tiempo que a la lumbre venidera dejaban las estrellas el designio, llegamos a vivir en la precaria confusión del occidente. Nos fueron épocas oscuras las del aprendizaje. Recibimos herencias discordantes. Esclavitud y señorío. Cuatro fanegas de maíz sembradas con fortuna, y después el hambre;

rencores lentos; una piedad a duras penas impartida; un sosiego de dientes afuera; orgullos y derrotas; la lengua no tan diestra cuanto por la ocasión fuere dictada.

Pusiéronles nombres ajenos a los antiguos dioses. Hicieron de los templos exangüe fundamento para la catedral. Mezclaron el deseo con el deseo, replegando las íntimas raíces, calabriando encima de la piel contrarias esperanzas.

¡Árbol de vida, nuevo mundo!
Vinimos a nacer en esta empresa
como soplo de viento,
cuando ya la batalla
de luz y contraluz finalizaba.
Otros son los extremos de la gentil angustia.
El aura común
ha ido recogiendo los escasos trofeos
diseminados en las dos vertientes
de nuestro caudal inopinable.
Mestizos,
apuramos el cáliz de cualquiera.
Pero al caer la noche mascullamos
nuestras secretas denominaciones.

2 (IV)

Infantiles o vanas las ansias del retorno al culto de la piedra por la piedra,

nos ha quedado sólo

la danza solariega, poesía rememorada, revivida

en uso pleno del paisaje.

No son las cosas tan sencillas

hoy

como lo eran en la época de los reyes y reinos al estilo clásico; no son tan fáciles como rimar parejos ramilletes hasta que en lo premioso figurado la figura se cumpla trayendo sin cesar a cuento las espadas heroicas y aquella temeraria fuerza fiera del rostro y de la mano.

Hemos sufrido tráfagos, rupturas, lección de humanidades onerosas. Respondemos al grito destemplado:

gentuza

confederal, sin escatología. Nos ha llovido lenta la Conquista, pero tampoco nos libró la Independencia, limbos las dos, cuando no pánico y barbarie.

¡Oh, Sephirot! Tu lápiz anacrónico impídeme rezar a mis abuelos las oraciones que la grey olvida. Maldita,

la ciudad nos desentona, toda hiel adobada

con serpentinas y confeti, mientras se mira sus manos vencidas el sumo sacerdote.

¡Quién te viera como cebo que al agua apenas toca cuando ya los espíritus del mar lo muerden! Pero te vas en llanto y duelo consumiendo, ardua la pesca, hueros los pescados, el agua muerta por negar al fuego. Has perdido tu voz y nadie te conoce. No se sabe por qué ni dónde nos naciste, débil emanación contradictoria del mar en aluviones a la luz prometido. Entretanto, Señor, andamos en apuros. Nuestro siglo se va llenando

por guardar las leyes,

mas no de generosa paga,

sino de valimiento

vacío, sepulcral ofrenda que no siembra la paz en nuestro pecho.

Tiempo vendrá para nombrar sus vicios; por ahora doy a pulso noticia del mundo mal sabido:

Somos criba solar antes que lago, y sí a la mar las guardas arrojamos y con la casa de agua nos perdimos, nuestro viento

cautivo de claras embriagueces

nos redime.

3 (ENVÍO)

Honra quien pondera virtudes y presencia;

mayormente quien a la vez levanta capullos olvidados con huelgos que figuran una conversación vivificante. Bien, recapitulemos. El nuevo mundo, desde sus orígenes, fue jardín destripado;

pero nunca

cesó de florecer. Entreverados
nacieron otros árboles, plantajes,
herbolarios. Un día
hubo de revelarse la voz interrumpida
y estalló sin rodeos
entre nosotros, como bala
que llega por amor, de no se sabe dónde,
a su viejísimo destino.
Ya no somos los mismos;

ni somos diferentes.

En el propio lenguaje de los tuyos, diré nuestros,

ahora,

cantaremos junto.

FENDO I CIELI: Apoteosis de Giordano Bruno

¿Más filosofías? Ya no las quiero. Papel mojado, Son escarceos De sordos y ciegos

Piú matematico che natural discorso.

Al sol no se le mira
por tragaluces y otros agujeros
sino de la cumbre misma,
donde anda el fénix, soslayando
los efímeros hurtos al dolor.
Con el ojo preciso
del interior artífice, diestro por ventura
en quitarse de cuentos

Yo prefiero las cosas como vibran: desnudas y quemantes. Yo comprendo mejor el movimiento vital del mundo las aves presentidas en un éxtasis que arrasa los linderos entre las alas y el volar, entre la pertinaz pupila y cuando acecha sin cesar el ojo

Vedere il sole?

Cuando niño,

Vesubio,

pensaba que tus fuegos

eran el corazón del universo

Poco después

(¡Oh tiempo, tiempo redentor y mártir!) el brillo secular de Nápoles ensanchó mi deseo. Así brotaron a la vida todos esos países,

su necesaria sombra.

Crucé los Alpes. En Ginebra sufrí las iras del Venerable Consistorio.

Profesé solecismos en Toulouse.

Luego llegaron Londres

con su gran simulacro,

y Oxford: 'a philosopher',

me designaba Cobham en sus cartas al secretario de la Reina.

whose religion

*I cannot commend.*Además Wittenberg, y Praga,
Frankfurt am Mein.

En suma

hoy hijo pródigo en Venecia,

furores en reposo,

no me bastan los libros, las galas, los volcanes ni los astros que visten resplandores ajenos.

Vedo il solé.

Miro el mágico centro de la estrella de igual a igual puesto que todos somos uno.

Y a buen paso,

desaprendiendo frases y conceptos, aun el infernal abismo se me llena de luz.

DOS POEMAS POLÍTICOS

I. CARENCIAS URBANAS (1974)

Esta ciudad
—nacida de las aguas—
no tiene ríos
ni lagos verdaderos;
todos fueron trocados por el polvo
que periódicamente nos invade,
nos asfixia,

nos duele como rezago de pacientes crímenes.

Bajo 'las torres cuya cumbre amaga' esta ciudad reduce los colores al insignificante claroscuro; cubre sonámbula sus amapolas y ofrece cardos a la sed furtiva.

En el fondo carece de refugios para los malheridos o los débiles. Rabia,

duerme,

trajina,

pero no considera la punzante soledad en las últimas esquinas. Es una gran caserna sin estilo, donde se cobra más de lo prudente.

Púdrese ya, Bernardo de Balbuena, la por ti sazonada golosina sabrosa de las vidas.

II. UNA CIUDAD EN MANOS DE LA MUERTE

Réquiem no, sino duro lamento. Rebeldía en son de retirada, sin virtud benigna que pueda quebrantar a la dolencia. Plegaria no. Furores todavía, la ley por blanco y la razón por flecha.

Muerta va la ciudad; pero no lleva cortejo florecido. Todo es tumba, largo jirón de luto macilento.
No siento cómo cuente lo que pasa.
Fuegos hay de discordia, ladrones en la casa; pero si la memoria se derrama cual sombra su dolor la desvanece.
Todo es cadáver ya, pero cadáver sin historia.

¿Qué paz se nos espera cuando guerra tan sorda nos abruma? A nada nos conduce saberla legataria de títulos muy viejos. El verdugo degolló su grandeza y en manos de la muerte se quebraron amordazadas las genealogías.

Portada: Dibujo de Vicente Rojo. Editor: Fernando Maqueo. Departamento de Humanidades 10o. Piso, Torre de la Rectoría Ciudad Universitaria, México 20, D. F.